

Pa, pa, pa..... palabrerío que tiene uno

Javier Domínguez García.2020

Francisco Mendoza era conocido en su pueblo de Gáldar como “*Pancho el gago*” . En las islas se llamaba “*gago*” al tartamudo. Pancho no podía hablar con fluidez, pues se *aturullaba* aunque comprendiera lo que le hablaban los demás y por eso le decían *el gago*, porque el pobre se encasquillaba de mala manera y algunas veces no le salía una palabra completa ni con sacacorchos. Aparentemente parecía bobo, pero no lo era; bastaba con meterle el dedo en la boca para convencerse de ello pues era un poco simplón, inocente, enteramente raso de cultura y de malicia. Pancho se pasó toda su vida bajo la autoridad y vigilancia de su hermana mayor Rosa, pero él era el mayor, de sus tres hermanos varones. Maravillaba pensar que aquel *singuango* fuese hermano de los listísimos y despejados vástagos de la aprovechada estirpe de los Mendoza, adelantados en la Medicina y en el Comercio.

Muy temprano salía Pancho al trabajo en una finca de propiedad familiar de casi una fanegada de plataneras. Se la conocía por el nombre de La Furnia, vecina de otras fincas por donde bajaba el camino hacia la playa de El Agujero. Eran varias cadenas separadas por paredes de piedra seca, y una dependencia donde guardaba los utensilios y aperos que también servía para cambiarse o descansar cuando era preciso. Estaba en una zona abrigada, bien orientada al poniente y asocada del ataque de las brisas.

En sus labores pasaba todo el día venga que te pego, con el sachó y los rolos de plataneras tras aquellos madrugones, siempre acompañado del *naife* o del machete, la azada, la barreta y la azufradera. Unas veces tocaba hacer cosas como el deshijado para eliminar todos los hijuelos nacidos de cada planta; otras tocaba el riego, que realizaba “*a manta*”, o por inundación de las pocetas alrededor de las plantas, cada diez días en verano, y cada quince en otoño y primavera. Como fertilizante solía emplear estiércol, que no sólo alimentaba la planta, sino que dotaba de mayor soltura y permeabilidad al terreno. El estiércol se extendía sobre la poceta y se cubría con un poco de tierra. Lo que mas lata le daba era el «*desflorillado*», que consistía en cortarle la flor a cada plátano cuando el racimo era de dos a cuatro semanas de nacido.

Cada semana marcaba los racimos que iban a ser cosechados a la siguiente y a cortar también el tallo de la platanera que lo produjo. Una vez cortado el racimo había que trasladarlo a hombros

hasta el camión de transporte que los llevaba al almacén de empaquetado.

Al terminar su jornada, recorría la calle principal del pueblo, y se iba para el Casino donde casi todas las tardes hacía una parada antes de irse a su casa a dormir. A Pancho le gustaban sus copitas, tenía muy buena bebida y normalmente estaba más cuerdo que los mismos que le pusieron el nombre de *gago*, que solían acompañarle en la barra del bar del Casino.

Desde sus adolescencia se había hecho aficionado a la lucha canaria.



Gáldar, siempre fue tierra de luchadores y se llenaba el *terrero* casi todas las semanas que actuaba el club de lucha Guanarteme. Pancho no fallaba en acudir a las luchas, pero también acudía al *Estadio de Barrial* junto a sus amigos del Casino, que eran aficionados al fútbol y alguno también era

directivo del Unión Moral, equipo que se había reorganizado en el pueblo. En aquellas fechas vivió las emociones de los ascensos de categoría o verles ganar para salvarse en la última jornada del campeonato regional. Pero aunque a él los lances deportivos no le importaban mucho, se divertía con las idas y venidas al campo, con sus paradas en la cantina para saborear el ron que desde muy joven principió a beber.



Era enero de 1978 cuando empezó a ir a Las Palmas para ver a la Unión Deportiva en el Estadio Insular ante importantes equipos de Primera División. Casi siempre los días de partido se reunían para el almuerzo en el Restaurante «La Fragata», en la Playa de Sardina y luego solían repartirse en varios coches, aunque la mayoría de las veces iban en el microbús de Eulogio que funcionaba a modo de “pirata” y llevaba a diez de un golpe, evitándoles así tener que conducir después de haberse tomado algunas copas. Salían a media tarde de Gáldar , pasaban la peligrosa “Cuesta

de Silva” entre charlas, comentarios y risas. Pancho escuchaba y a veces, se metían con él. *¿Va a ganar Las Palmas hoy?* .Él se encasquillaba y respondía. *¡Pi-pi-pi-pi... claro!*

Antes del partido hacían una parada en el “Bar Don Balón”, donde se juntaban con otros conocidos . Allí se tomaban sus copitas hasta un cuarto de hora antes del comienzo, pues tenían asiento reservado en la grada de tribuna. Pancho desde su asiento distinguía perfectamente a los jugadores y sabía siempre quién llevaba la pelota, aunque no entendía de tácticas y estrategias, sí sabía lo que era un *corner* o un *penalty*. Y por supuesto que cantaba los goles canarios con entusiasmo, pues cuando cantaba no se notaba que era *gago*.

En el equipo amarillo destacaban entonces un grupo de internacionales argentinos, como el portero Carnevali, Quique Wolff, Carlos Morete o Miguel Brindisi, junto con los nuevos jóvenes valores insulares Félix, Juani, Pepe Juan o Miguel Angel, completando con los veteranos Germán, Castellano o Martín, que quemaban sus últimos cartuchos. Era un potente equipo muy respetado en toda España y esa temporada además de participar en la Copa de la UEFA, venía haciendo una extraordinaria campaña en la Copa de España, plantándose en los cuartos de final del torneo después de eliminar a varios equipos de Primera.

El bombo decidió que los rivales de los amarillos fueran los colchoneros del Atlético de Madrid. Emocionante fue el partido de ida en el “Vicente Calderón”, el 15 de febrero, donde con un toma y daca en el marcador, se llegó al final con un escaso margen para los atléticos por 3-2. El empate debió ser lo más justo porque los méritos del Atlético en la segunda parte fueron mínimos. La superioridad amarilla fue abrumadora .

El partido de vuelta despertó una gran expectación, pues los isleños venían desarrollando un gran fútbol tanto en la Liga, como en la Copa. Era pleno carnaval el miércoles 22 de febrero, cuando consiguen el pase a semifinales al derrotar al At. Madrid por 2-0 con goles de Morete y Brindisi en el segundo tiempo. Al terminar el partido se juntaron todos los de la comparsa y después de *jincarse* unos *pizcos*, de nuevo en el Bar Don Balón, fueron a celebrar el triunfo en una sala de espectáculos de *stripteases* y *travestis*.

La democracia había llegado y comenzado con el *tops less* que se ofrecía en espectáculos eróticos a nivel internacional con mujeres bonitas, y aunque los *travestis* eran conocidos desde hacía años, tras la muerte de Franco y la llegada del “*destape*”, muchos salían al escenario, a echar fuera todo lo que llevaban dentro y a meterse el público en el bolsillo. Había que fijarse mucho para poder distinguir,

debajo de la hábil capa de maquillaje y de las rubias cabelleras, la verdadera condición de «*las muchachas*», pero sin remedio, el país seguía su ascendente ritmo hacia la Europa del libertinaje.

Al grupo galdense le gustaba ir a ver a un singular «pionero» *travestí*, de fama inconmensurable como Paco España que comenzaba su andadura en los escenarios de las salas de fiestas y llenaba por completo las mesas del «*Lido de Canarias*», con su espectáculo de humor y erotismo, en uno de los *shows* de más impacto del país.

Después de ver el espectáculo, volvían a Gáldar de madrugada, contentos por la victoria y por el disfrute viendo a las muchachas y los chistes de los *travestis*.

Correspondió medirse a los amarillos en semifinales con el Sporting de Gijón, que se presentó a jugar en el Insular, el 8 de marzo, con sus mejores jugadores que venían haciendo una gran campaña en la Liga. La U.D había obtenido un gran triunfo en el estadio Benito Villamarín frente al Betis por 1-2 y la moral del equipo y la euforia de los aficionados era muy alta. Incertidumbre y emoción a lo largo de todo el partido, que fue típicamente copero. La eliminatoria se encaminó en el primer tiempo, donde pronto los amarillos hicieron dos goles, Jorge y Fernández. En la segunda parte Maciel hizo el 3-0 que daba mucha tranquilidad para el partido de vuelta. Jugaron Carnevali; Estévez (Martín), Felipe, Hernández; Páez, Félix; Maciel, Brindisi, Morete (Pepe Juan), Jorge y Fernández. La vuelta se celebró en *El Molinón* el día 22 de marzo. Los asturianos salieron decididos a remontar el resultado en contra, pero los canarios que se adelantaron con gol de Rivero, en un encuentro jugado a gran ritmo y con excelente fútbol, pudieron contrarrestar el empuje asturiano cuando la eliminatoria se puso 3-1 en el marcador, que daba gran esperanza de alcanzar la prórroga al Sporting, pero un sensacional gol de Brindisi al marcar el 3-2, sentenciaba el pase a la final.

Al día siguiente varios millares, de personas esperaban en Gando a la expedición amarilla, con banderas y vítores, para testimoniar su gran alegría al alcanzar la final de la Copa del Rey por primera vez en el historial del fútbol canario.

Para tan gran acontecimiento, Pancho y sus amigos prepararon acompañar a su equipo en la final y vivir alborozadamente los días previos al encuentro, por lo que dispusieron el viaje a Madrid. Varias agencias de viaje organizaron desplazamientos en los que se incluían los billetes de avión, estancia en hoteles, entrada para asistir al partido e incluso fiestas —se ganara o se perdiera— después del encuentro.

Unos días antes, Pancho y sus amigos salieron de Gáldar en el microbús de Faustino en dirección al Aeropuerto de Gando. Las banderas, las camisetas amarillas, las canciones y los gritos de ánimo no faltaban, pues eran cientos de aficionados los que iniciaban la fiesta de “*La Final*”. Los cartones de cigarrillos, las cajas de puros, con las botellas de ron y de whisky, habían sido colocadas en las bolsas de equipaje. Todos habían traído abundantes raciones de alcohol y como eran como hermanos, no había problemas con la propiedad de las bebidas que eran comunitarias.

Llegaron a Barajas y pasaron a la sala de la Aduana para los trámites de rigor, pues los vuelos que venían de Canarias, al ser un puerto franco o libre de impuestos, obligaba a la revisión de los equipajes. A la multicolor tropa de aficionados isleños les esperaban una veintena de *guardias civiles* al mando de un teniente. Era extraño tal cantidad de números policiales y digo algo extraño, porque, de no ser por ello, la revisión de los equipajes procedentes de las Islas solía ser un simple trámite, autorizándose casi siempre el paso, no de un cartón de tabaco rubio, incluso de cinco, alguna botella de whisky, algún que otro conjunto de lana inglesa, perfumes o hasta un transistor o una cámara fotográfica.

Lo cierto es que, una vez en la Aduana, los guardias, como perros de presa, procedían a abrir todas y cada una de las maletas de los viajeros encontrando en muchas de ellas tabaco americano, que el paquete en las Islas costaba quince pesetas y se podía vender por cincuenta, un arsenal de botellas de ron y de whisky, cajas de puros y alguna otra mercadería.

Al grupo de Gáldar, el oficial los llamó uno por uno a revisar los equipajes. Les preguntaba si llevaban algo que declarar: Cigarros, whisky, relojes..., porque se imaginaba que todos llevaban alguna cosa prohibida. Casi nadie quedaba inmune de la requisa y se les erizaba los pelos cada vez que el guardia los llamaba. Abrían las maletas y mostraban el contenido donde siempre había algún producto que podía ser requisado. A unos le quitaron cigarrillos, a otro botellas de ron o algún

transistor. Hasta que le toca el turno a Pancho *el gago*, y el oficial le hace la misma pregunta que a los demás : ¿Tiene algo que declarar?.

Entonces ocurrió lo inesperado, pues con los nervios propios del caso, se encasquilla Pancho y en veinte minutos que estuvo frente al guardia civil no le salió ni una palabra. Él quería decirle de una vez que llevaba los cigarros puros y empezó : “*que-que-que-queque... son pu, pu,pu,...ros*” y de ahí no salió. En vista que el revisor comprendió que el pobre no podía amarrar ni una palabra, se cansó de aguantar el *guineo* y lo mandó que se le quitara delante, marcándole la maleta sin la revisión correspondiente.

Pancho se dirigió a la puerta de salida con la señal de revisado, más campante y más fresco que una lechuga, y hasta muerto de risa, con los puros y el whisky intactos en su equipaje. Algunos de sus amigos ya estaban fuera y al verlo se asombraron de cómo había podido convencer al guardia civil para que no le mirara los bolsos.

*¿ Te quitaron algo, Pancho? : ¡Na,na,nanada!
¿Y cómo lo convenciste?
"Pos, pa-pa-labrerío que tiene uno..."*



Para el gran acontecimiento de la final en el Santiago Bernabéu, Madrid se convirtió en una fiesta canaria. Pancho, con sus amigos de Gáldar, se unió a los nutridos grupos de isleños que paseaban por las calles de la capital con sus gorros, bufandas y camisetas, banderas azul y amarillas del equipo y las tricolores canarias. De la Plaza Mayor a la Puerta del Sol, la «Banda de Agaete», animó el cotarro al ritmo de «*la madelón*», que hizo que todos bailaran «La Rama» como si de un día 4 de agosto de la villa marinera de Agaete se tratara. Y los miles de canarios que se hallaban cantaban:

*«Canarios somos, canarios seremos
y al Barcelona, gofio le daremos»...*



Pese a no actuar en su propio ambiente, las huestes de Miguel Muñoz, encabezadas por el capitán Guillermo Hernández, hicieron su aparición sobre el verde manto del grandioso escenario deportivo, el estadio Santiago Bemabéu, en el más importante choque del corto historial de la Unión Deportiva Las Palmas. El pitido inicial del colegiado Franco Martínez coincidía con los gritos de ánimo al equipo amarillo que emitían unas diez mil gargantas de isleños acompañando como jugador número doce al equipo amarillo.

Luego el esfuerzo sería baldío, pero era importante haber estado allí. La cruz de la final estuvo en como el Barcelona marcó sus dos primeros goles en regalos arbitrales. A los pocos minutos del comienzo, el árbitro del partido, Franco Martínez, señaló un riguroso penalty contra los canarios, que transformó Rexach. Vuelven de nuevo a marcar los azulgranas el 2-0 por medio de Asensi, de falta al borde del área. Con el resultado en contra, a la mitad del primer tiempo, la U.D. comienza a centrarse en su preciso juego. Brindisi consiguió un gol en formidable remate que burló al meta barcelonista Mora. Fue una esperanza para el equipo canario que pudo haber significado reacción para el conjunto insular, aunque el tercer tanto de Rexach lo echaría todo abajo.